



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

ALGUNAS ESTRUCTURAS Y TENDENCIAS
DEL MUNDO ACTUAL: ENTRE LO INSOSTENIBLE
Y LO INSOPORTABLE
OSVALDO MARTÍNEZ

Marzo 2005

ALGUNAS ESTRUCTURAS Y TENDENCIAS DEL MUNDO ACTUAL: ENTRE LO INSOSTENIBLE Y LO INSOPORTABLE

Por Osvaldo Martínez

El discurso de la globalización

Para entender algunas de las estructuras y tendencias del mundo actual se hace necesario comenzar despejando una confusión. Cierta moda post moderna descubrió en la globalización un recurso mágico para explicarlo todo al precio de explicar casi nada y confundirlo casi todo.

Con la globalización se quiso borrar y sustituir el concepto de imperialismo como instrumento para captar el significado del capitalismo actual, por una expresión de apariencia sociopolítica neutral, cargada de tecnologismo modernizante y apta para dar cabida dentro de ella al discurso que postula la existencia de una nueva realidad negadora del pasado y un futuro de progreso para todos los que se apresuren a no perder ese único y último tren que lleva a la riqueza y el bienestar.

La globalización es una realidad que no puede ser ignorada ni tampoco menospreciada como tema de estudio, pero la comprensión del mundo de nuestros días no puede limitarse a entender y explicar la globalización, sino los significados y determinaciones del capitalismo en su fase imperialista actual, esto es, tal como existe y actúa el sistema en nuestros días.

El capitalismo imperialista muestra hoy como una de sus características, una globalización que como proceso acompañante no es nueva, sino que tiene no menos de 500 años, que ahora presenta como novedad el extenderse a todo el mercado financiero y estar dominada por la política neoliberal que le imprime su sello característico y permite llamarla globalización neoliberal, como fue antes keynesiana y aún antes, simplemente liberal.

Como proceso acompañante del capitalismo y determinado por éste, la globalización tiene validez y merece estudio. Como construcción histórica cargada de una mística que profesa una fe absoluta en el mercado y en el progreso impulsado por él y exhibe un cerrado absolutismo que niega cualquier otra alternativa, la globalización no es más que uno de los instrumentos ideológicos para defender al sistema.

El discurso de la globalización utiliza lo científico-técnico como prueba de las sólidas razones para la despolitización y la desideologización. Basado en la supuesta universalidad del progreso científico-técnico inducido por la revolución informática, se deduce que es inevitable tomar

decisiones que propicien la incorporación de las nuevas tecnologías. La revolución tecnológica en las comunicaciones y el transporte es presentada como el fin de una época y el inicio de otra en la que conceptos y realidades como imperialismo, explotación, clases sociales no tendrían cabida.¹

El sistema actual del capitalismo imperialista que tiene a la globalización como una de sus características, padece de una enfermedad terminal de desigualdad y aún más, de inequidad social, lo que equivale a decir que la injusticia social –instalada desde siempre en la lógica capitalista– alcanza ahora cotas tan elevadas en su agresión al derecho de realización humana de comunidades enteras y de simples personas, que hacen insostenible la prolongación indefinida de su existencia.

Y ahora también, sus tendencias a la depredación –asistidas de posibilidades tecnológicas acrecentadas y espoleadas por un consumismo frívolo– agreden las condiciones ambientales para la vida en el planeta, hasta el punto de plantear como insostenible la prolongación de tal régimen, si de salvar la especie humana se trata.

Esta enfermedad de inequidad social abarca todo el organismo del enfermo.

Tiene manifestaciones en la economía, en el ámbito científico-técnico, en la distribución del ingreso entre países y dentro de ellos, en el empleo, en el acceso al conocimiento y a la información, en el uso y abuso de los recursos naturales, en las diferencias de género y prácticamente en cualquier sector de la actividad social. Sería imposible siquiera un breve comentario sobre todos, por lo que las páginas siguientes no son más que una selección de algunos puntos en los que la enfermedad se manifiesta con especial virulencia y donde la información disponible ofrece mayores posibilidades.

Como el discurso superficial de la globalización hace de la revolución científico-técnica su punto de partida y su argumento central, es por allí por donde comenzamos, para apreciar la realidad que subyace detrás de las maravillas tecnológicas y las optimistas alusiones a la sociedad del conocimiento, que adornan aquel discurso.

La ciencia y la tecnología como mercancías

Las maravillas tecnológicas lo son sin espacio para dudas.

¹ Marcos Roitman: “Cuando la Coca-Colaya no es la Coca-Cola. La falsa neutralidad de la globalización” en *Rebelión lucha antiglobalización*, 18 de octubre del 2001.

Las tecnologías de la información y las comunicaciones hacen posible conocer de inmediato lo que está sucediendo en cualquier parte del mundo. La comunicación instantánea entre personas colocadas en cualquier lugar del planeta ya es posible por teléfono móvil, correo electrónico o Internet. Toda la información contenida en las bibliotecas y publicaciones existentes podría estar disponible para cualquier persona que cuente con el acceso adecuado, en cualquier momento, a cualquier hora y en cualquier lugar del mundo en que esa persona estuviera. Avances científicos y técnicos como la biotecnología, la genómica, la bioinformática y la nanotecnología están estrechamente relacionadas con la tecnología de la información y las comunicaciones².

Los viajes al cosmos, la realidad virtual, el conocimiento del genoma humano y otras más, son realidades de uso cotidiano en términos de ciencia y técnica. *Pero esas maravillas, insertadas en la matriz capitalista, devienen maravillas para muy pocos y factor de alargamiento de distancias entre sociedad del conocimiento y sociedad de subsistencia elemental, para muchos.*

“La tecnología se crea en respuesta a las presiones del mercado y no de las necesidades de los pobres, que tienen escaso poder de compra”.³ Ésta es la clave para entender las realidades científico-técnicas cuando éstas son vasallas del mercado y de la ganancia de las transnacionales, las que deciden lo que debe ser investigado, cuándo y cómo deben revelarse los resultados de la investigación y a qué precios se venderán esos resultados.

La ciencia y la tecnología mercantilizadas, actuando como fuentes de valorización del capital, se encuentran en la base de los tristes contrastes entre maravillas tecnológicas, que como mercancías no alcanzan más que a beneficiar a pocos, e inmensas necesidades básicas no satisfechas, mientras se desarrollan consumos despilfarradores y frívolos.

En los países desarrollados miembros de la OCDE que poseen el 20% de los habitantes del planeta, se registraron en 1998 el 99% de las patentes emitidas ese año. En el mismo año esos países gastaron 520 mil millones de dólares en investigación y desarrollo, que es una cifra superior al Producto Interno Bruto sumado de los 88 países más pobres del mundo.⁴ De esa inversión en investigación y desarrollo más del 60% la hace el sector privado, por lo que no es extraño que el rumbo de la investigación y el uso de sus resultados dependan de la “mano

² Centro del Sur, la organización intergubernamental de los países en desarrollo. *Sociedades de la Información. Hacia una perspectiva del Sur*. Ginebra. 2003.

³ PNUD. Informe sobre Desarrollo Humano 2001.

⁴ Ibid

invisible del mercado”, pero en este caso se trata de una mano esposada por el cerrado oligopolio que la domina.

En ese año 1998 el gasto mundial en investigación sobre salud fue de 70 mil millones de dólares, pero apenas 100 millones se dedicaron a investigar sobre el paludismo, a pesar de que produce un millón de muertes cada año y de los 1,223 nuevos medicamentos comercializados en el mundo entre 1975 y 1996 sólo 13 se dedicaron al tratamiento de enfermedades tropicales, porque éstas son enfermedades típicas de la pobreza y allí no hay capacidad de compra para medicamentos de alto precio.

El discurso que magnifica la capacidad transformadora de la ciencia y la tecnología sobre las vidas humanas es una verdad a medias, lo que equivale a decir que es una media mentira, si se refiere a una capacidad abstracta y potencial y no coloca las espléndidas posibilidades que el conocimiento aporta, en el contexto del mundo real marcado no sólo por la explotación, sino por la exclusión.

Ese discurso cientificista enrollado sobre sí mismo, equivale a la pintura del paraíso, sin tener en cuenta que la estructura socioeconómica y la realidad política excluyen el ingreso al paraíso y más bien reproducen el cotidiano infierno para muchos miles de millones de personas.

La sociedad del conocimiento, saturada de redes de comunicación cuyo emblema es Internet, es una maravilla potencial, pero la electricidad todavía no ha llegado a la tercera parte de la población mundial y el teléfono, que existe desde hace más de un siglo, tiene una densidad en países desarrollados de una línea telefónica cada dos habitantes. Pero, hacer una sola llamada telefónica es una experiencia todavía no conocida por cientos de millones de africanos, mientras que en los países llamados piadosamente “menos adelantados” hay un teléfono por cada 200 personas.

En el campo de la salud es donde con mayor fuerza se expresa la contradicción entre la capacidad potencialmente benéfica de la ciencia y su condición de mercancía en el mercado capitalista.

A los efectos de la ganancia empresarial no es estimulante invertir en investigaciones para desarrollar vacunas de bajo costo que inmunizan de por vida con una sola aplicación. Es estimulante en cambio, invertir en procedimientos terapéuticos que aseguren una periódica y costosa atención a los pacientes durante largo tiempo.

Es la industria farmacéutica el sector más lucrativo para la inversión de capital en el mundo,⁵ por encima de los bancos comerciales, las telecomunicaciones, la industria química o cualquier otro.

En este súper lucrativo sector, las ventas anuales en el año 2002 ascendieron a 100 mil millones de dólares, de los cuales el 41,8% lo acaparó Estados Unidos y si tomamos a Europa y Japón junto a Estados Unidos; los consorcios farmacéuticos de ese trío de países concentraron el 77,9% del total.⁶

Es fácil entender que estas transnacionales que lucran con medicamentos, no tienen interés alguno en financiar investigaciones para obtener una vacuna cuyos clientes serían gobiernos de países pobres, donde el gasto por persona en salud pública es de 10 dólares al año y donde trágicamente las vacunas son de agobiante necesidad.

Tampoco tienen interés en desarrollar investigaciones sobre variedades de cultivos resistentes a la sequía, que han quedado relegados para agricultores de subsistencia en tierras marginales y que nada significan para las transnacionales del “agribusiness”, pero que desempeñan un papel vital en la alimentación de esas comunidades.

No es extraño que el 90% de la carga mundial de enfermedades merezca apenas el 10% del gasto mundial en investigaciones de salud. La neumonía y la diarrea, que representan el 11% de la carga mundial de enfermedades, sólo han alcanzado a recibir 0,2% del gasto en investigación.⁷

Y no se trata sólo de resultados de sofisticadas investigaciones.

Unos 2000 millones de personas carecen de acceso a la penicilina y en el Tercer Mundo no se emplea aun la simple y elemental terapia de rehidratación oral en el 38% de los casos de diarrea y sólo la mitad de los africanos de un año de edad están vacunados contra la difteria, la tos ferina, el tétano, la poliomielitis y el sarampión.

Las razones para estas realidades que parecen ilógicas se encuentran en la lógica misma del sistema al que la salud humana le resulta indiferente si no va acompañada de ganancia empresarial.

La penicilina fue descubierta en 1928 y su comercialización y aplicación en gran escala no ocurrió hasta 15 años después, a pesar de la enorme necesidad de antibióticos. Simplemente los

⁵ Fortune. 2000

⁶ IMS.Health.2000

⁷ PNUD.Informe sobre Desarrollo Humano 2001

consorcios farmacéuticos no estaban interesados y fue necesario que la guerra mundial desatara una demanda especialmente intensa para que el descubrimiento científico fuera incorporado al mercado.

La maravillosa red de redes (Internet) no escapa a la cerrada determinación socioeconómica que el sistema impone. El 91% de los usuarios de Internet viven en países desarrollados en los que habitan sólo el 19% de la población mundial y para acceder a sus posibilidades de información y conocimiento es imprescindible disponer al menos de electricidad, teléfono, dinero para comprar una computadora y pagar el servicio y conocimientos suficientes para leer y entender mensajes que en el 80% de ellos se encuentran en idioma inglés.

En el mundo de la ciencia-mercancía las enfermedades de los pobres no cuentan porque se expresan como sufrimiento humano, y no como demanda solvente.

La realidad de la ciencia y la tecnología atadas al lucro del mercado, es la otra cara áspera y brutal del discurso que pretende derivar de avances científicos que el sistema hace imposible generalizar a nivel social, una ilusa prosperidad y bienestar en una feliz sociedad del conocimiento que es esencialmente incompatible con la ciencia-mercancía.

En la economía el sistema muestra tres rasgos sobresalientes: una concentración empresarial global reforzada, una acentuación de la vieja separación entre centro y periferia que lejos de atenuarse se profundiza y una ratificación de la secular tendencia a las crisis económicas recurrentes, ahora bajo la forma de crisis financieras cada vez más frecuentes.

Concentración empresarial global

La concentración empresarial ha avanzado en dirección hacia el control por un reducido número de grupos financieros, desmintiendo que se haya producido una democratización empresarial gracias al acceso a nuevas tecnologías y a medios de comunicación más eficaces.

En los países desarrollados las gigantescas empresas han ido devorando a pequeñas y medianas industrias, mientras que en la periferia la privatización de empresas públicas y la apertura a las importaciones aniquiló a sectores de burguesías y burocracias nacionales, convirtiendo a muchos de sus integrantes en simples empleados encargados de administrar filiales de transnacionales y provocando un desplazamiento hacia negocios financieros de sesgo parasitario.

Si en 1965 las 200 mayores empresas globales representaban el 17% del PIB mundial, en los inicios del siglo actual representan no menos del 35%.⁸

Considerando a las 500 mayores empresas globales y su nacionalidad, puede apreciarse la enorme concentración en un centro integrado por Estados Unidos, Europa y Japón, que controla casi totalmente la estructura productiva más avanzada, decide en término de comercio y comunicaciones y practica la especulación financiera como su actividad más lucrativa y dinámica.

En 1997, de esas 500 mayores empresas globales, eran estadounidense, europeas o japonesas un total de 440. Entre las primeras 50 no aparecía en 1998 ninguna empresa que no perteneciera al triángulo Estados Unidos-Europa-Japón.⁹

Como señala Jorge Beinstein, hacia fines de los años 60s cuando estaban de moda los estudios sobre el crecimiento de las “empresas multinacionales” era frecuente comparar las ventas de una gran empresa con el PIB de algún pequeño país subdesarrollado; ahora la concentración del capital transnacional ha alcanzado dimensiones no imaginables hace apenas tres décadas. Ya en 1996 las ventas de General Motors superaban el PIB combinado de Perú, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Panamá, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, El Salvador y Guatemala.

La lección es evidente: la privatización que ha avanzado globalmente y en América Latina de modo especialmente intenso, no conduce a la democratización ni a la “difusión de la propiedad”, ni a una mayor y benéfica competencia. Por el contrario, lo que la realidad muestra es que la tendencia del capital monopolista –ahora operando a escala global– a la progresiva concentración estudiada por Lenin a principios del siglo pasado, continúa operando en la anatomía del sistema.

El abismo entre centro y periferia

En cuanto al viejo y cada vez más profundo abismo entre centro y periferia, las evidencias son tan abrumadoras que sólo el cinismo puede ser capaz de sostener una tendencia a la igualación en el desarrollo o a un “derrame” de la riqueza hacia la periferia.

Tomando tan sólo unos pocos datos básicos se puede apreciar que los países desarrollados en los cuales vive el 19% de la población mundial, tienen en cambio, el 91% de los usuarios de Internet, concentran el 71% del comercio mundial de bienes y servicios y el 58% de la inversión

⁸ Jorge Beinstein. *La larga crisis de la economía global*. Corregidor, Buenos Aires.1999.

⁹ Fortune. 1998.

extranjera directa.¹⁰ Ellos dominan el 97% de las patentes registradas, efectúan el 84% del gasto mundial en investigación y desarrollo, y poseen el 74% de las líneas telefónicas mundiales.

Desde que en la década de los años 50 algunos economistas comenzaron a hablar del tema del desarrollo de los países periféricos y las teorías del desarrollo iniciaron su brega, ningún país de la periferia ha logrado superar la barrera e incorporarse al grupo de los países desarrollados. China es un caso especial que merece un análisis detallado, pero ningún otro de los países subdesarrollados ha logrado dar el salto.

Algunos parecieron colocados en el buen camino y protagonizaron “milagros” finalmente desinflados. Sea Argentina con su precoz impulso en las primeras décadas del pasado siglo; sea el “milagro” brasileño o los tigres hoy domesticados del Sudeste Asiático, todos vieron estancarse sus procesos hacia el desarrollo.

En América Latina la oleada neoliberal prometió derrame de riqueza, pero no ha logrado más que obligar a la CEPAL a nombrar “década perdida” a los años 80. La CEPAL bautizó con exagerado optimismo a la década de los 90 como “década de la esperanza” para después reconocer otro “sexenio perdido” entre 1998 y 2003. Haciendo una elemental aritmética resulta que en 23 años (1980-2003) se han perdido –según la CEPAL– nada menos que 16, lo que resulta un rendimiento miserable, pero que no hace retroceder al FMI y al Banco Mundial en su pretensión de que la política neoliberal no ha dado los resultados esperados porque la dosis es aún escasa.

Crisis económicas más frecuentes

También se ha ratificado la tendencia a las crisis económicas periódicas, ahora bajo la forma de crisis financieras cada vez más frecuentes.

Tomando en consideración sólo la década de los años 90 y lo transcurrido de la década actual, es evidente que las crisis económicas han sido más frecuentes.

Japón, la segunda economía del mundo, entró en una crisis financiera desde el inicio de los años 90 que desvaneció el “milagro” japonés y sus elevadas tasas de crecimiento, para sumirse en una larga etapa de estancamiento que dura casi 15 años. México cayó abatido en 1995 en medio de la diligencia liberalizadora de su gobierno, tan aplaudida por el FMI y premiada con el ingreso artificial a la OCDE.

¹⁰ PNUD. Informe sobre Desarrollo Humano. 1999.

En 1997 le llegó la hora a los “tigres” del Sudeste Asiático, echando por tierra otro modelo y otro “milagro”.

En 1998 Brasil y Rusia cayeron envueltos en la crisis financiera. En 2001 explotó la burbuja financiera en Estados Unidos, comenzando por grandes empresas de la informática y haciendo añicos el mito de una “nueva economía” centrada en empresas del corte de Enron y World Com, que serían inmunes a las crisis. Sigue discutiéndose aún si en rigor, la economía de Estados Unidos salió de esta crisis o continúa debatiéndose en ella. Cualquiera sea la conclusión, el curso de esa economía muestra, a lo sumo, una recuperación vacilante y preñada de síntomas anunciadores de una más grave caída.

Argentina se despeñó en 2002 en la que muchos consideran la peor crisis de la historia del país. Se vino abajo allí un modelo hasta poco antes elogiado, de buena conducta neoliberal y de ejemplo a imitar por otros en cuanto a privatización, liberalización y “relación carnal” con el gobierno de Estados Unidos.

Pero no se trata de constatar la ocurrencia de crisis y describirlas, sino de esbozar una explicación de sus causas y sus significados que no se limite a la merecida crítica al FMI o el Banco Mundial, sino que explique las razones de fondo que conforman el escenario básico en el que la actuación de esas instituciones puede agravar la enfermedad, pero no son ellas los orígenes del mal.

Para eso habría que comenzar por la existencia y acción de un arma de destrucción masiva realmente letal y que actúa todos los días sin que ningún cuerpo de inspectores internacionales intervengan y sin que el gobierno de Bush se alarme. Por el contrario, se declara fanático de su libre funcionamiento. Es el mercado financiero globalizado.

El mercado financiero globalizado

El sistema de tasas de cambio fijas establecido en Bretton Woods y basado en la relación entre el oro y el dólar y entre éste y el resto de las monedas, tenía un claro sentido regulacionista que pretendía evitar la excesiva separación entre la producción y la circulación y en lo más inmediato, mantener la especulación bajo control. En el contexto de la reconstrucción de posguerra, con financiamiento oficial provisto por el Plan Marshall, demanda solvente y creciente, asegurada por la reconstrucción después del doble efecto destructivo de la Segunda Guerra Mundial y la crisis

de los años 30, el sistema de tasas de cambio fijas logró mantener neutralizada la especulación, al menos hasta la primera mitad de los años sesenta.

La oleada especulativa actual tiene sus raíces en el crecimiento de las inversiones extranjeras directas a escala cada vez más global, bajo el influjo de la transnacionalización creciente a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Esas inversiones fueron generando un flujo financiero privado que rebasaba las fronteras e iba separándose de los controles oficiales.

Si en 1964 los créditos privados internacionales eran solo el 20% de las reservas internacionales, lo cual era todavía controlable por la banca central, ya en 1970 el porcentaje era de 70% respecto a las reservas.¹¹ Esa privatización de las fuentes de crédito chocaba cada vez más con los controles ejercidos por las autoridades monetarias y, entre otros factores, estuvo en la base de la inestabilidad monetaria que culmina en 1971 con la gran jugada norteamericana al liquidar el sistema de tasas de cambio fijas, decretar la inconvertibilidad del dólar y proceder a su devaluación.

A partir de entonces se diversifican y multiplican los mecanismos y las fuentes de los flujos privados financieros, sin controles institucionales.

Ya en 1975 los flujos privados internacionales superaban a las reservas y en 1980 más que las duplicaban. La oleada neoliberal reforzó esta tendencia y desarrolló poderosas formas de especulación, ya no solo con la banca privada, sino con las grandes transnacionales, con los fondos institucionales (seguros, pensiones), con los llamados fondos de resguardo (hedge funds) y con la especulación cambiaria desenfrenada.

El resultado: a mediados de los años noventa la economía financiera en su conjunto manejaba cincuenta veces más dinero que la economía real.

Las autoridades monetarias se han vuelto impotentes para defender su tasa de cambio frente al poder omnímodo del mercado sin regulación y la especulación que lo domina. El sistema monetario internacional tiene cuatro características: es privado, especulativo, inestable y pronorteamericano. El dólar norteamericano ha sido hasta ahora no solo y no tanto la moneda de reserva más usual, sino la moneda predilecta de la especulación, la moneda de refugio ante los avatares de ella, la moneda que es emitida por el gobierno de Estados Unidos sin controles externos y que al mismo tiempo puede hacer compras en cualquier parte del mundo.

¹¹ Wim Dierckxsens. Los límites de un capitalismo sin ciudadanía. Editorial DEI. San José de Costa Rica. 1998.

En 1975 la compra-venta de monedas para pagos por adquisición de bienes o servicios, esto es, como parte normal del comercio internacional representaba el 80% del total de monedas transadas. El restante 20% era la especulación cambiaria que tradicionalmente era una parte minoritaria en el comercio de divisas.

Veinte años después el escenario había cambiado radicalmente. Ya entonces el 97.5% del total del comercio de divisas se hacía con fines especulativos y solo el 2.5% cubría transacciones reales en bienes y servicios. La burbuja financiera alimentada por la especulación se ha transformado de socio menor en dueña aplastante del escenario económico. La economía especulativa decide y dicta las tendencias por encima y en desmedro de la economía real.

El movimiento diario de este mercado es alucinante: en 1973 las transacciones diarias en el mercado financiero eran de unos 15,000 millones de dólares. En 1986 eran ya de 200,000 millones y actualmente alcanzan la cifra de hasta 2 millones de millones, de los cuales se estima que no menos del 95% no tiene relación alguna con movimientos de bienes o servicios, esto es, con la economía real.

Esta última cifra es de un monto tan enorme que equivale a igualar el Producto Interno Bruto anual de Estados Unidos cada cuatro días de transacciones o el Producto Interno Bruto del mundo cada 16 días. En tanto, las reservas monetarias totales de los Bancos Centrales no van más allá de unos 700 mil millones, lo que revela el abismo entre la especulación desenfrenada y su exigua base de aseguramiento teórico; así como la incapacidad de tales reservas para neutralizar una profunda crisis que quiebre la enorme cadena de deudas y se extienda por los veloces mecanismos de propagación que la globalización implica.

El mercado financiero globalizado funciona cada día a escala global sin sujeción a reglas institucionales y, mediante su poderío, aplastando o burlando las impotentes regulaciones nacionales allí donde quede alguna.

El mercado financiero global es la más perfecta criatura de la globalización neoliberal. Ha logrado tan avanzado grado de globalización que la "aldea global" solo es realidad en los límites de dicho mercado, pero la plasmación de ese logro de la globalización está lastrada por su sentido neoliberal: el mercado financiero global es también la derrota del crecimiento económico, del empleo y de la economía real que la sustenta, a manos del lucro individual, de la insensibilidad social y el cortoplacismo del mercado sin regulación.

Las crisis recientes mencionadas, no son más que explosiones parciales de un sistema que porta en su interior una gran crisis global, y que después de la depresión de los años 30, se las ha arreglado para diferirla e ir sorteando los estallidos parciales sin que se conviertan en crisis globales.

Se trata del fenómeno más complejo que la ciencia económica puede enfrentar, sobre el cual varios siglos de pensamiento económico de todos los colores, ha acumulado una variada gama de interpretaciones que van desde la “ley de Say”, negadora de la posibilidad siquiera de crisis capitalistas, hasta la alegada relación de ellas con las manchas solares, sin olvidar los “ciclos largos” y el virtual abandono del debate sobre las crisis, tanto por los keynesianos en sus momentos de esplendor, como por los neoliberales cegados por el dogma del mercado y la arrogancia de poseer la verdad revelada.

Lo primero a recordar sería que el neoliberalismo, es en esencia la vieja tradición de pensamiento económico liberal con sus creencias en los automatismos del mercado, el óptimo colectivo derivado automáticamente de la suma de intereses individuales, el estado guardián, etc. y que esa tradición de pensamiento era política económica predominante en 1929.

En una muestra peculiar de agotamiento creativo y de pérdida de memoria histórica, el sistema capitalista al entrar en su modo transnacional globalizado de funcionamiento, desmanteló el sistema de regulación keynesiano diseñado para amortiguar las tendencias comprobadas a la crisis recurrente.

La expulsión del estado de la actividad económica e incluso su confiscación por mafias privadas como en Rusia, no ha sido más que quitarle al sistema las defensas anti-crisis que elaboró en la posguerra con la ingrata memoria de los años 30 todavía cercana.

La política activa de gasto social, la regulación de precios y salarios, el subsidio al desempleo, el salario mínimo, la creación de empleo y demanda solvente por la vía del gasto estatal, el control por el estado de sectores estratégicos no privatizables, la regulación del nivel de la tasa de interés para estimular la inversión productiva y otros instrumentos keynesianos que dieron nuevos aires al sistema en la posguerra, fueron sacrificados para dar paso a la “magia del mercado”.

Las tasas de cambio fijas eran un intento de estabilización de la economía mundial, que permitía un cierto orden y cierta predictibilidad. En aquellas circunstancias, el espacio para la especulación cambiaria era pequeño, y virtualmente inexistentes las posibilidades de que grandes

especuladores privados actuando como modernos piratas, pudieran desplomar la tasa de cambio de una moneda nacional y propiciar una crisis a un país.

A partir de la flotación monetaria sin regulación efectiva –hija eminente del neoliberalismo– la moneda de cualquier país se convirtió en objeto de especulación y factor capaz de generar fabulosas ganancias privadas jugando a su alza o su baja. Se cumplió el dogma neoliberal sobre la liberación del mercado y al mismo tiempo, se abrió cauce a la especulación cambiaria al convertir la tasa de cambio de una moneda nacional en algo tan susceptible de especulación como el valor de un terreno o de una casa.

El neoliberalismo, tratando de lograr su regla de oro de la estabilidad monetaria, introduce en realidad la gran inestabilidad especulativa y afecta directamente a las inversiones y al comercio debido a la incertidumbre y volatilidad de las tasas de cambio dejadas al libre accionar de los mercados financieros.

Tratando de penetrar un tanto más hacia factores que no actúan en la superficie del sistema, hay que recurrir a Carlos Marx.

Al tocar de nuevo la crisis económica a las puertas del sistema en los años 1997 y 1998, comenzaron a aparecer trabajos con títulos sugerentes como “El regreso de Carlos Marx”¹² donde autores no marxistas expresan cosas como esta: “Mientras más tiempo paso en Wall Street, más me convengo de que Marx tenía razón”, o esta otra: “Estoy absolutamente convencido de que el enfoque de Marx es la mejor forma de analizar el capitalismo”.

Recordando no más algunos momentos de su teoría de la crisis, Marx explicó cómo en una economía mercantil debe existir una correlación entre valores de uso y valores de cambio. Esa correlación entre los polos en que se desdobra toda mercancía, existe aunque no está medida por una fórmula matemática y permite márgenes de autonomía, pero también establece límites a la separación de aquellos polos.

Esa correlación es desarrollada por Marx a lo largo de los 3 tomos de “El Capital” en sucesivos eslabones -entre valores de uso y valores, entre valores y precios, entre cantidad de mercancías y cantidad de dinero necesaria para la circulación, entre composición técnica y composición orgánica del capital, etc.- hasta culminar en el momento de crisis, esto es, cuando las contradictorias fuerzas internas del sistema detonan la crisis como explosión que destruye y abre nuevas vías de expansión. El sistema tiende permanentemente al desequilibrio y solo lo

¹² John Cassidy: El regreso de Carlos Marx. Periódico The New Yorker. 20-27 octubre 1997.

recupera parcialmente al precio de destruir fuerzas productivas. Es su modo de vida, su peculiar ciclo.

La explicación marxista puede ser vista también actuando si recordamos que la crisis de los años 30 -cuando el sistema tenía ya una cierta burbuja financiera- fue, entre otras cosas, un ajuste entre la economía real que produce valores de uso (bienes y servicios tangibles, derivados del trabajo y portadores de los valores reales creados) y la superestructura especulativa financiera que había crecido sobre ella, superándola varias veces en tamaño y generando una dinámica especulativa propia, cada vez más alejada e incluso divorciada de su base real.

Bolsas, acciones, derivados, fondos de pensiones, bonos, “hedge funds” crean una imagen fabulosa de enriquecimiento rápido en una dinámica especulativa que parece no tener límites, pero los tiene. Esos límites serían el punto en que el andamiaje de apuestas, deudas cruzadas y capital ficticio, sustentado no más que por una base tan voluble como la confianza, se desplome; al tornarse la confianza en pánico por la llamada al orden del estancamiento de la economía real debido a la estrechez de la demanda solvente. Demanda solvente que no es más que el tecnicismo para expresar la capacidad de compra de los que pueden pagar y la incapacidad de los miles de millones de pobres que no pueden.

El estallido de la burbuja está en el orden del día y el detonante último será la ola de pobreza y exclusión que el neoliberalismo ha sembrado por todo el mundo subdesarrollado e incluso en segmentos del desarrollado.

En una efectiva contribución al desastre, el neoliberalismo ha socavado la base última de reproducción y crecimiento del sistema constituida por la dinámica de la economía real, la ampliación de la demanda solvente y el aumento del empleo.

Serruchando la rama sobre la cual el sistema está sentado sobre el vacío, el neoliberalismo ha privilegiado la liberalización financiera persiguiendo el máximo enriquecimiento de pocos, ha olvidado la economía real y para obtener ganancia máxima, ha empobrecido a millones.

El estancamiento o rezago de la economía real se manifiesta en múltiples formas. Una de ellas es la fiebre de fusiones y adquisiciones que constituyen la mayor parte de las inversiones en la era de la liberalización financiera.

Estas fusiones y adquisiciones expresan una pugna feroz por repartir un pastel que en lo sustancial no crece y se redistribuye en medio de luchas especulativas donde todo vale. Es la

guerra por repartir un mismo mercado que no crece y que sustituye al proceso de inversión productiva.

Es evidente que el excesivo follaje especulativo tiende a asfixiar a la economía real y a partir de esta realidad pudiera decirse que el sistema pide un recorte del mismo. Ese recorte es la crisis que comenzó en 1997 en el Sudeste Asiático y desde entonces se complica.

La burbuja financiera puede llegar a sofocar a la economía real que es en rigor su base de sustentación, a pesar de la aparente autosuficiencia del mercado financiero. Lo que se transa en este mercado son títulos de valor que son creados en la economía real por la aplicación de trabajo físico e intelectual. Las acciones, bonos o cualquier otro instrumento financiero no hacen más que representar los valores de las empresas o activos en general. Ellos carecen de valor per se. Keynes, quizás el más lúcido e inteligente defensor de los intereses estratégicos del sistema en el siglo XX, expresó de muchas maneras el peligro de la especulación convertida en eje de la reproducción.

“Los especuladores pueden no hacer daño cuando solo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa, pero la situación es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de la vorágine de la especulación. Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que aquel se realice mal”.¹³

Cuando el sector financiero funciona no como facilitador y canalizador de capital hacia el sector productivo, sino como un fin en sí mismo, moviéndose en el terreno de la especulación y atrayendo capitales que dejan de actuar productivamente, entonces dicho sector está minando la base más profunda del sistema a cambio de la ganancia de corto plazo.

Este daño a la base reproductiva y generadora de valores y riqueza del sistema, puede reconocerse también en el cambio del paradigma empresarial.

En épocas de Smith, Ricardo, Marshall, Schumpeter, el paradigma progresivo exaltado por la teoría era el empresario organizador de la producción, dotado de audacia para arriesgar en el mercado, con capacidad de liderazgo y vocación innovadora.

Eran los capitanes de industrias en los que se decía, descansaba el crecimiento y la reproducción ampliada del sistema.

¹³ John Maynard Keynes: Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero. Fondo de Cultura Económica, México, 1963. pág. 157.

En nuestros días de la liberalización financiera, el paradigma se ha desdibujado, ha dejado de ser progresivo y apunta más hacia los millones ganados especulativamente por George Soros, que hacia empresarios productivos.

El mercado financiero, liberado de regulación, tiende a desarrollar la especulación como método de obtener ganancia fácil y rápida, pero no puede esperarse del especulador la creación de industrias, de tecnologías de uso productivo, efectuar inversiones de infraestructura con largos períodos de recuperación, tener sentido perspectivo y desechar la ganancia inmediata para priorizar los intereses estratégicos.

La liberalización financiera reduce y precariza el empleo mediante la “flexibilización del mercado de trabajo”. Reduce así la demanda solvente de la cual depende finalmente y que se revela con claridad cuando la crisis elimina la espuma financiera.

Inequidad en la distribución del ingreso y el consumo

El mundo no está dividido en forma absoluta y pura entre países ricos donde están todos los ricos y países pobres donde están todos los pobres.

El mercado capitalista –aunque ha concentrado la pobreza masiva en los países del Tercer Mundo– no ha dejado de producir oligarquías tercermundistas de consumo imitativo, e islotes de pobreza en los países considerados ricos. Esta pobreza en el Primer Mundo es incluso mayor de lo que hace suponer la propaganda del lujo como estilo de vida. En Estados Unidos el 20% de la población es analfabeta total o funcional, y el 17% de ella es pobre. En Europa hay 14,2 millones de desempleados y 68 millones de pobres. En Japón el alto ingreso no parece asegurar la felicidad, pues tiene la mayor tasa de suicidios.

No obstante, las enormes diferencias en ingreso y consumo se dan entre lo que ambiguamente se denomina “Norte” y “Sur”.

Con tanta velocidad como la especulación financiera, el capitalismo de signo neoliberal, ha hecho crecer la desigualdad y aun más, la profunda inequidad en la distribución del ingreso y el consumo.

El mundo es grato y la vida dulce para el 20% de la población mundial. Aquellos que creen en el discurso idílico de la globalización en que todos somos pasajeros en un mismo barco. Pero ellos viajan en camarotes de lujo con Internet, acceso a redes globales de comunicación, teléfonos

celulares, disfrutan de dieta abundante y balanceada, toman agua limpia y tienen atención médica sofisticada.

Para la gran mayoría que no alcanza camarotes de lujo, el viaje transcurre hacinados, con hambre, enfermedad y estricta prohibición de subir al territorio de los privilegiados.

En análisis de largo plazo de las tendencias a la distribución del ingreso entre países, realizado por el PNUD,¹⁴ resulta que la distancia entre el país más rico en términos de ingreso y el país más pobre en 1820 (Reino Unido e Indonesia respectivamente) era de alrededor de 3 a 1. En 1913 la distancia entre el más rico y el más pobre era de 11 a 1. En 1950 había escalado hasta 35 a 1. Ya en 1973 alcanzó 44 a 1, para subir con fuerza hasta 72 a 1 en 1992, coincidiendo esta aceleración con la llegada de la “magia del mercado” de la mano de Reagan, Thatcher, Pinochet, FMI y BM. Ya en 1997 había alcanzado 74 a 1 (Estados Unidos y Myanmar).

La tendencia a la polarización creciente se hace evidente también en la distribución del ingreso entre el 20% más rico de la población mundial (residente en países desarrollados) y el 20% más pobre (residente en el Tercer Mundo).

El 20% que viaja en camarotes de lujo hace el 86% del gasto mundial en consumo y el 20% más pobre hace apenas el 1,3%, lo que revela la virtual inexistencia en cuanto a capacidad de compra en el mercado, de 1,300 millones de seres humanos.

El opulento 20% consume el 45% de la carne y el pescado, mientras que los más pobres sólo el 5%.

El 58% de la energía y los más pobres el 1,5%.

Tiene el 74% de las líneas telefónicas y los más pobres el 1,5%

Consumen el 84% de papel y los más pobres el 1,1%

Posee el 87% de los vehículos y los más pobres menos del 1%

En tanto, la riqueza de los tres multimillonarios que encabezan la lista, supera el PIB combinado de los 48 países más pobres, en los cuales viven algo más de 600 millones de personas.

El mercado liberado de regulación y la privatización a ultranza han acelerado la conformación de un sistema altamente polarizado en lo económico y social, donde la inequidad es tan abismal que ya no se trata solo de desigualdad, sino de una franca exclusión, un auténtico bloqueo a las posibilidades de realización humana de vastas porciones de la población del planeta.

¹⁴ PNUD. Informe sobre Desarrollo Humano. 1998.

Lo insostenible del sistema no radica estrictamente en el funcionamiento inestable y propenso a crisis recurrentes de su economía, sino en la conformación de una estructura social que excluye de posibilidades de realización a miles de millones de personas y decenas de países; que agreden en su condición humana a grandes mayorías y también al medio ambiente hasta comprometer la posibilidad misma de vida inteligente en el planeta.

Las crisis económicas –por más violentas y abarcadoras que sean– no derrumbarán al sistema. Para el capitalismo la crisis económica no es una anomalía, sino una regularidad. Forman parte las crisis de su peculiar ciclo de vida. La “destrucción creativa” de Schumpeter es la forma de minimizar y disculpar la realidad de un sistema, que para lograr el equilibrio siempre esquivo, requiere periódicos episodios de destrucción de fuerzas productivas. Y son los seres humanos el componente más importante de las fuerzas productivas.

No habrá derrumbe como simple resultado de una crisis económica. Siempre la economía capitalista puede resurgir por precarias que sean las condiciones en que lo haga y por profundo que sea el daño ocasionado. Dejadas a su espontaneidad, las relaciones mercantiles siempre harán su reproducción, lo cual implica que no habrá derrumbe económico, sino que el sistema debe ser derrumbado por el accionar social concertado, por acciones de naturaleza política que rompan con la tradicional “política” desgastada.

Lo insostenible del sistema radica entonces en sus efectos sociales que se extienden a la dimensión ambiental, aunque la economía con su naturaleza explotadora, su visión estrecha y cortoplacista de mercado, actuando sobre el empleo, el ingreso, el consumo, la tecnología y en suma, sobre las posibilidades de desarrollo, sea la principal responsable en la creación de una estructura social que es insostenible porque se hace insoportable para la realización humana y para la continuidad de la vida social en el planeta.

América Latina ofrece una muestra de laboratorio de esa estructura social insostenible e insoportable. En ella la pobreza es el “tema social” más frecuente en cualquier estudio y es bien seria la situación según estadísticas oficiales disponibles. Aunque es evidente que la magnitud real de la pobreza es bastante mayor que la revelada por esa estadística que es manipulada al menos por dos factores: la larga y espesa discusión metodológica sobre el modo de medir la pobreza y los esfuerzos de muchos gobiernos por ocultarla.

Aún así, la pobreza abarcaba, según la CEPAL,¹⁵ al 40,5% de la población latinoamericana en 1980. En 1999 era el 43,8% y desde entonces se mantiene en torno al 44% (unos 220 millones de personas), aunque existen otras 45 millones que integran el grupo de “no pobres con mayor riesgo de caer en la pobreza” porque sus ingresos superan en no más de 25% los correspondientes a la línea de pobreza.

Solo tres datos seleccionados entre muchos posibles: cerca de 77 millones de latinoamericanos habitan en viviendas hacinadas con tres o más personas por cuarto. Carecen de acceso al agua potable 165 millones y 22 millones de jóvenes entre 15 y 24 años que representan el 25% de ese grupo etario, no estudian ni trabajan, ofreciendo un fértil semillero para la delincuencia.

Pero no es la magnitud absoluta de la pobreza ni sus muchas expresiones, lo más grave. Es la pavorosa inequidad en la distribución del ingreso, aún peor que a nivel global entre países ricos y pobres o a nivel regional africano o asiático.

En todos los países de la región el 10% más rico se apropia de más del 30% del ingreso, en la mayoría de ellos se apropia del 35% y en Brasil del 45%.¹⁶

El ingreso de este 10% de satisfechos latinoamericanos supera en 19 veces al que recibe, en promedio, el 40% de los hogares.

Como la polarización del ingreso es tan enorme, el promedio general es engañoso y se revela en que el 66% y el 75% de la población, según el país, recibía un ingreso por persona inferior al promedio general.

La conclusión de la CEPAL es desalentadora: “Más allá de que el crecimiento económico haya permitido reducir la pobreza absoluta, la expansión productiva no ha modificado la distribución de los frutos del crecimiento. Tampoco se advierten signos alentadores que permitan esperar que esta situación experimente, en el corto y mediano plazo, variaciones importantes (...) incluso allí donde se logró mantener un ritmo de crecimiento alto y sostenido, como en Chile, la distribución del ingreso mostró una enorme rigidez y persistieron las disparidades”¹⁷

Mientras la economía se tambalea entre una y otra crisis, la ciencia y la tecnología no pueden desplegar su potencial transformador por el estrecho margen de actuación que le impone su sometimiento al mercado.

¹⁵ CEPAL: Una década de desarrollo social en América Latina. 1990-1999. Santiago de Chile. 2004.

¹⁶ CEPAL. Ibid.

¹⁷ CEPAL. Ibid.

En tanto la naturaleza se resiente por la depredación y grandes mayorías de personas arrastran la carga de la pobreza y la exclusión, una élite ebria de consumismo y banalidad vive en un permanente derroche.

La incógnita demográfica

El sistema así constituido enfrenta otro formidable desafío: *¿qué hacer con la gente?, ¿cómo resolver el reto de la creciente población dentro de un sistema que excluye a las mayorías?*

Alrededor del año 1500 la población mundial ascendía a unos 500 millones y tres cuartas partes de la superficie terrestre eran espacios vacíos o territorios de cazadores nómadas y agricultores primitivos.¹⁸

En 1970 ascendía a unos 3 mil millones.

Ya a comienzos del año 2005 la población mundial ronda los 6 500 millones. En el 2020 los pronósticos indican que habrá 8 000 millones.¹⁹ En ese año vivirán en la periferia tercermundista 7 mil millones, más del 50% en relación a los que vivían en 1995. Allí vivirá entonces el 84% de la población mundial, mientras que en los países desarrollados la población apenas habrá crecido. Cada año se agrega a la población mundial otro México.

En los países ricos la densidad media de población será de 23 habitantes por kilómetro cuadrado, ligeramente mayor que los 22 actuales. En los países pobres será de 78 habitantes, lo que significa mayor presión sobre los recursos naturales, en especial sobre la limitada tierra fértil.

De los aproximadamente 133 millones de nacimientos anuales actuales, alrededor del 10% (13 millones) se producen en los países desarrollados y el 90% (120 millones) en países subdesarrollados.

En el 2020 casi 25% de la población del mundo desarrollado será mayor de 60 años, incluido un 18% mayor de 65 años. La edad promedio será de 41 años y el número de personas entre los 24 y los 59 años considerada como el segmento más productivo, será inferior a la mitad de los habitantes. Tendrán pocos hijos y se verán obligados a cuidar de sus padres ancianos.

En el mundo subdesarrollado la proporción de jóvenes será del 46% de la población. El 43% estará en la edad más productiva y no tendrán muchos ancianos que cuidar, pues solo el 10% de

¹⁸ Aldo Ferrer: *Historia de la Globalización*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996.

¹⁹ Naciones Unidas. Fondo de Población. World Population Prospects.

la población tendrá más de 60 años y tendrán tres veces menos población mayor de 65 años que en el llamado Primer Mundo. La edad promedio será de 27 años.

Más hacia el futuro, la población mundial alcanzaría entre 10 mil y 12 mil millones antes de nivelarse en esas cifras bien elevadas y esa nivelación no ocurriría nunca antes del 2050.

Por un lado entonces, una población minoritaria, estancada en su crecimiento e incluso en reducción, progresivamente vieja, que hoy concentra el 86% del gasto en consumo del mundo y que tiende a concentrar más aún la riqueza en su poder.

Por otro, una población mayoritaria y que lo será aún más, que es muy joven, con inmensas necesidades insatisfechas y con tendencia a ser más excluida del desarrollo, el conocimiento y el consumo.²⁰

No se trata de terciar en la vieja discusión sobre la visión malthusiana, ni de incurrir en catastrofismo poblacional, sino de colocar la variable demográfica como factor de evidente peso en el desafío social que el sistema enfrenta.

Lo que está en juego es si el capitalismo globalizado neoliberal puede resolver esta ecuación en la que satisface a proporciones minoritarias decrecientes y progresivamente envejecidas de la población mundial, mientras rechaza y empobrece a vastas mayorías jóvenes e insatisfechas, al tiempo que sus medios de difusión incrustan en las mentes un modelo de consumo inalcanzable para nueve de cada diez personas.

¿Es sostenible el sistema hacia el futuro a partir de sus tendencias excluyentes que al empobrecer a las mayorías las reproduce en forma ampliada y va ahondando el abismo entre mundo rico y mundo pobre?

La incógnita ambiental

La enfermedad de inequidad social está en la base también de la insostenibilidad ambiental, que es en lo esencial una expresión de la insostenibilidad socioeconómica, y no solo y no tanto el resultado de gases de efecto invernadero, reducción de la capa de ozono u otros factores encerrados en el debate técnico-ambiental.

Lo que está en el centro de la insostenibilidad ambiental es, por un lado, las condiciones naturales de vida sometidas a la depredación del mercado y agredidas por un ideal consumista de vida y, por el otro, el deterioro ambiental provocado por el subdesarrollo y la pobreza.

²⁰ Susan George. Informe Lugano. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana. 2002.

En un extremo, el mercado todopoderoso y el lucro empresarial envenenan o exterminan el aire, el agua, el suelo, el mar, los ríos, los bosques, la biodiversidad y un estilo consumista e irresponsable de vida, convertido en ideal supremo de felicidad, lo agrava. En el otro extremo, la pobreza –hija sobresaliente del sistema- presiona también de modo negativo sobre el medio ambiente.

Sería imposible reseñar siquiera el debate sobre medio ambiente actual, pero es necesario recordar algunos puntos básicos de él.

Los países desarrollados, con Estados Unidos como intransigente campeón, en sus posiciones oficiales cuestionan la validez del deterioro ambiental como reto ya planteado a la supervivencia de la especie humana.

Sostienen que no hay evidencia científica sólida, para compartir lo que consideran alarma exagerada de los ambientalistas, e incluso ante instrumentos nada radicales como el Protocolo de Kyoto, el gobierno de Estados Unidos, lo rechaza.

Esta posición estadounidense es bien coherente con su condición de gran agresor del medio ambiente y gran beneficiario de esa agresión.

Reconocer que el mundo se acerca a peligrosos límites ambientales, sería para Estados Unidos renunciar a una cómoda situación. Esa renuncia sería tan costosa, que explica la razón por la que ninguna evidencia de crisis ecológica resulta suficiente, a pesar de que las evidencias y los síntomas alarmantes son abundantes.

Nada mejor para los petroleros depredadores en el poder en Estados Unidos, que la explicación basada en la Curva de Kuznets, según la cual, el crecimiento económico conduce en el corto plazo a cierta degradación ambiental, pero una vez que se alcanza un nivel de ingreso por habitante, las condiciones ambientales tienden a mejorar. Esto significa, que el crecimiento económico tiene que alcanzarse antes que pensar en proteger el medio ambiente, o en otras palabras, que la política económica sustituye o anula a la política ambiental hasta que se alcance un hipotético punto a partir del cual sea posible preocuparse por el medio ambiente.

Tomando datos estadísticos promedio que no toman en cuenta la diferencia de consumo entre ricos y pobres en Estados Unidos, pero que sirven como expresión del consumismo desenfrenado en ese país, se calcula que en su vida un habitante de Estados Unidos consume 540 toneladas de materiales de construcción, 18 toneladas de papel, 23 toneladas de madera, 16 toneladas de metales y 32 toneladas de productos químicos de origen orgánico.

Ese país, con el 4,7% de la población mundial (2001) tiene un consumo de energía comercial por habitante que es superior en más de 5 veces a la media mundial. Por cada mil habitantes circulan en él 750 vehículos de motor. Los países desarrollados son responsables de más de la mitad de las emisiones de dióxido de carbono y sólo Estados Unidos emite algo más del 22%.

Cada habitante de Estados Unidos emite al año unas 20 toneladas de ese gas, que es nueve veces más que lo correspondiente a un habitante promedio del Tercer Mundo y casi ocho veces las emisiones de un latinoamericano.²¹

Estados Unidos emite un 38% más de dióxido de azufre que el promedio de los países miembros de la OCDE, genera desechos nucleares por 2,700 toneladas métricas de metal pesado por año y también residuos peligrosos por 173 millones de toneladas métricas anuales.

Un ejemplo entre muchos posibles, de la lógica de mercado en materia ambiental es la que impulsa a la exportación de estos desechos peligrosos, de esta basura tóxica y contaminante, pues el costo de aplicar tratamientos a estos desechos en los países desarrollados es de hasta 3,000 dólares por tonelada, mientras que pueden ser exportados hacia el Tercer Mundo y enterrados sin tratamiento alguno por solo 5 dólares la tonelada.

Mientras tanto, los síntomas de una grave crisis se hacen alarmantes en tanto indican la posibilidad de un punto de no retorno.

Cada año se pierden unas 50,000 especies de plantas y animales. Las especies de algunos grupos de plantas y animales se están extinguiendo a un ritmo entre 50 y 100 veces más rápido que la velocidad media natural.

Más de un 80% de los bosques que cubrían grandes partes del planeta, han sido talados, fragmentados o degradados de una u otra forma y un 39% de los bosques naturales remanentes se encuentran en peligro de deforestación.

La desertificación avanza sobre tierras agrícolas a ritmos de más de 6 millones de hectáreas anuales. Esto es una seria amenaza para el 40% de la superficie terrestre (zonas áridas, semiáridas y subhúmedas secas) donde viven más de mil millones de personas.

El deterioro de la capa de ozono ocurre a un ritmo de 3% por década y aún cumpliéndose lo acordado en el Protocolo de Montreal para eliminar la producción de clorofluorocarbonos, las emisiones ya hechas de estos gases continuarían erosionando la capa de ozono durante décadas y la recuperación de dicha capa no tendría lugar antes del año 2100.

²¹ Ramón Pichs: Economía Mundial, energía y medio ambiente. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.2004

Los 10 años más calurosos de los últimos 130 años se registraron en las décadas de 1980 y 1990.

La temperatura promedio global se podría incrementar entre 1,4 y 5,8 grados centígrados en el período 1990-2100. Este incremento es de 2 a 10 veces mayor que el valor medio del calentamiento en el siglo XX y no tendría precedentes, al menos en los últimos 10,000 años. El nivel medio global del mar se incrementaría entre 0,09 metros y 0,88 metros entre 1990 y 2100, con graves amenazas para vida de muchos millones de personas.

No es todo, pero es suficiente para entender que la agresión al medio ambiente no puede prolongarse indefinidamente.

La seria amenaza ambiental no es un resultado tecnológico, sino social. Al capitalismo le interesa la transformación de la naturaleza en tanto instrumento para la valoración del capital. La protección de la naturaleza y de las condiciones para la vida, no son más que costos reductores de ganancia, por lo que, la estricta lógica del sistema, despojada de toda regulación que la limite, es depredadora del medio ambiente.

Un horizonte mental tan estrecho como el de la ganancia de capitales privados no puede conducir más que a la catástrofe ambiental. En el dilema entre la ganancia y la protección ambiental, el capital siempre elegirá la ganancia y encontrará argumentos para minimizar la amenaza o postergar las acciones de protección.

Esperar otra cosa sería tan insensato como tratar de convencer a Bush y su clan de petroleros, que es necesario dejar de quemar petróleo y cambiar el modelo energético basado en combustibles fósiles.

La tendencia hacia la crisis ambiental global –implícita en su lógica de funcionamiento– acompañó al capitalismo desde su cuna. Esa crisis tiene al lucro de mercado como su motor, a la opulencia despilfarradora como su agravante mayor y a la pobreza que destruye el bosque porque no tiene otro combustible para cocinar, como su agravante menor.

Es la estructura de profunda desigualdad e inequidad social expresada en la polarización entre opulencia y pobreza, entre poseedores y desposeídos, y la tendencia esencial del sistema a mantener e incluso a hacer aun peor esa estructura, la que permite colocar la insostenibilidad ambiental como otra dimensión de lo insostenible del sistema en términos sociales.

El mundo actual modelado por el imperialismo neoliberal, acumula tal carga de bloqueo a la realización humana concebida como vida digna en condiciones de equidad social, acceso al

conocimiento, a la atención de salud, a la participación democrática, a la vida en un entorno natural equilibrado y sustentable, que su trayectoria de vida apunta hacia lo insostenible, hacia la extinción.

Es insostenible no por razones técnicas, sino por profundas razones sociales que se podrían resumir en que rebaja, degrada y excluye a demasiados habitantes del planeta, de tal modo, que hace insoportable para ellos la continuación de su funcionamiento.

El sistema capitalista actual exhibe su incapacidad nada menos que para alimentar, educar, proveer atención de salud, dar empleo digno, recreación sana y atención adecuada en la vejez, a la mayoría de los humanos, y preservar el medio ambiente que les permite vivir. Sus tendencias indican que cada vez lo hará peor.

De muchas maneras podría ejemplificarse lo destructivo y aun lo absurdo de su existencia. Véase una de ellas: las Naciones Unidas han calculado que bastaría con destinar 6 mil millones de dólares anuales adicionales a lo que ahora se destina, para lograr la enseñanza básica para todos en los países del Tercer Mundo. Es una exigua cifra comparada con el millón de millones de dólares que cada año se dedican a la propaganda comercial para intoxicar las mentes de consumismo, o los 900 mil millones que se gastan en producir armas.

Otra pequeña cifra, esto es, 12 mil millones, bastaría para lograr salud reproductiva para todas las mujeres. Estas pequeñas cifras no se logran reunir, a pesar de los ruegos, exhortaciones y explicaciones para convencer a los gobiernos de los países “donantes” que son los mismos que patrocinan la propaganda comercial, producen y exportan armas de todo tipo, y protagonizan, del brazo de sus transnacionales, la especulación financiera que cada día mueve 2 millones de millones de dólares.

Mientras esto ocurre, en Estados Unidos se gastan cada año 8 mil millones de dólares en cosméticos. Europa gasta 11 mil millones en helados y entre estadounidenses y europeos gastan 17 mil millones en alimentos para animales domésticos.

Cada día mueren silenciosamente 30 mil niños por enfermedades curables. Varias veces el número de víctimas de las Torres Gemelas. Son víctimas del hambre, de la pobreza, de la falta de atención médica. Los mata un tipo de terrorismo más mortífero que cualquier otro, pero que no por eso es perseguido ni demonizado. Es el terrorismo de mercado.

Las condiciones extremas de explotación, exclusión social y amenaza a la vida de la especie, explican el surgimiento de los movimientos sociales que se expresan en el Foro Social Mundial.

El mundo, tal como lo ha modelado el capitalismo a lo largo de 5 siglos, es ya insostenible porque es insoportable. Otro mundo no sólo es posible, sino imprescindible.